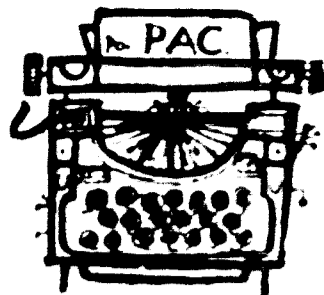


UCA
Unidad
Cívica
por
la
América
Central

escrito a máquina

160 hombres unidos ganaron la batalla



LOS CABALLOS

Cuenta Alvaro Cunqueiro que, en un curioso libro sobre los Doce Pares, escrito por un canónigo de Tolosa de Francia en 1735, hay un capítulo dedicado al caballo del paladín Roldán, que se llamaba nada menos que "Sempiterno". Era de color negro zaino, descendiente de caballos romanos y tenía marcha atrás y de lado, conforme a la escuela neustriaca en la que todavía no había estribo. Había aprendido de Roldán a obedecer siete voces de mando diferentes y en la comida comía como humano, era aficionado al pescado y nunca rechazaba un sorbo de vino aunque nadie pudo acusarlo nunca de ebrio. La resistencia de Sempiterno —cuenta el canónigo— era increíble; Roldán se dormía cabalgando, pero el caballo no descansaba y era capaz de coger con los dientes una lanza y atacar al enemigo, ganando batallas mientras su jinete se entregaba al plácido sueño. Como los buenos caballos de ese tiempo distinguía perfectamente un cristiano de un pagano. Por otra parte, era un caballo casto. Solamente tuvo amores una vez, en Sangüesa, y eso a petición de un abad. La yegua del abad tuvo dos potros, macho y hembra. El macho le fue regalado al rey de León y de él descienden todos los caballos de los castellanos, incluidos "Babieca" del Cid y "Rocinante" de don Quijote. En su descendencia que vino a América no puede dejarse de citar el grupo de potros de San Jacinto.

La leyenda es hermosa. No pocos han hablado de "Los Potros de la Victoria". Y el hecho, al fin y al cabo, está documentado. Lo escribe Jerónimo Pérez: "Concurrió en favor de los nativos —cuenta— una circunstancia casual: y fue que la remonta, o sean las bestias que servían en el cantón, y que mandaron traer al principiarse la acción, venían corriendo al lado mismo de los que salieron a flanquear, de suerte que a los rifleros de Walker parecióles que un torrente de soldados venía sobre ellos".

Sin duda los valientes campistosos-soldados de San Jacinto, imaginaron en la alegría del triunfo que sus potros habían cooperado infundiéndole miedo a los ya derrotados filibusteros. Ningún americano quedó con vida para contarlos. Pero la leyenda es hermosa y la sangre de "Sempiterno" y de "Babieca" escribió ese día una nueva hazaña que no hubiera dejado de transcribir el canónigo de Tolosa.

Lo malo es que, de seguir creciendo la leyenda, pronto nuestra victoria será, más que un acto de voluntad y de valor, un acto de magia y resultará que fueron los caballos y no los hombres los que ganaron la batalla. No sólo existe el peligro de desenfrenar la lírica (exaltando a "Sempiterno" a costa de Roldán), sino que hay un subconsciente fatalismo en el nicaragüense actual que lo predispone a esperar todo de las causas ciegas y no de los actos conscientes de su voluntad. El nicaragüense cada día más entrega irresponsablemente las decisiones de su vida comunal a misteriosos imponderables, a "trompos enrollados", a cambios de suerte que espera pasivamente como quien juega a una lotería celeste. Nada hace por ser él el protagonista de su his-

toria. Por eso es sintomático cómo han ido convirtiéndose los caballos de San Jacinto en símbolo de ese acontecimiento patrio, cuando la verdadera causa y razón de tan gloriosa victoria fue la decisión, el espíritu de sacrificio y la voluntad de vencer de un equipo de hombres que no dejaron nada a la suerte.

No se ganan batallas esperando que el ruido de unos potros ahuyenten al enemigo.

LA PEDRADA

Existe también la pedrada. No seré yo quien rebaje su hazaña al más simpático y popular de nuestros héroes. Es el propio General José Dolores Estrada quien respalda su crédito de inmortalidad. "Se hizo igualmente muy recomendable —dice en el parte oficial de la victoria— el muy valiente sargento primero Andrés Castro, quien por faltarle fuego a su carabina, botó a pedradas a un americano que atrevido se saltó la trinchera para recibir la muerte".

Nadie puede, nadie debe disminuir la hazaña de Andrés Castro, repito. Pero el problema es que estamos dejando solitaria la pedrada. El problema es que estamos, poco a poco, arrancando la proeza del valiente sargento de su contexto y que San Jacinto todo —es decir, lo que hizo un pueblo unido— se nos va convirtiendo en un alarde de chavalito que tira una piedra. El patriotismo es ya, casi, tirar una pedrada. Un gesto bravucón (generalmente un gesto de impotencia) y punto. El estudiante rebelde... tira una piedra. El político opositor... tira una piedra. El intelectual... tira una piedra. ¿Nos gastamos en lanzar un proyectil ineficaz, primitivo, desproporcionado frente a las fuerzas contrarias; y hecho ésto, nuestra acción individual (aún cuando haya sido heroica) queda perdida en el vacío.

La acción individual de Castro no se perdió en el vacío. Su piedra repuso por un momento la falta de carabina, pero apenas el filibustero cayó, se apoderó del rifle ajeno y prosiguió su combate en equipo. Fue un acto integrado a una obra de conjunto y solidaria.

¿Es ese el concepto de "hazaña" que hoy predomina? ¿Por qué todas nuestras connotaciones políticas levantan su efervescencia con un ímpetu sorprendente y a las pocas horas todo pasó sin dejar huella?

Meditemos en esto. A la entrada de San Jacinto la estatua de un hombre solo, con una piedra en la mano, monopoliza con su figura toda la acción del 14 de Septiembre. En la pintura, en la poesía, en los discursos, sucede lo mismo...

Es otro síntoma.

No existe el friso con el grupo, con la comunidad, con el cuerpo de héroes que elaboró una victoria. Nos resulta más fácil imaginar o realizar una hazaña improvisada y suelta que someternos a la disciplina y a la constancia de la obra planeada y realizada en equipo.

Pero nuestro tiempo, más que nunca, es tiempo de exigencias comunales, de victorias comunales. La revolución, el cambio que devuelva al pueblo su libertad política y económica, no se realizará tirando una piedra solitaria, sino uniendo voluntades solidarias!

PABLO ANTONIO CUADRA